



JOSÉ JAVIER
AMORÓS

50 AÑOS DEL KINDER

Las profesoras del Kinder que he conocido tenían el don de comprometerse con el carácter de los niños

Los humanos somos seres de cultura y aprendizaje, más que de biología y genética. Lo que el hombre es, lo es porque lo ha aprendido. Y la educación empieza en la infancia o se paga luego. Como advirtió genialmente Freud, nuestra niñez maltratada explotará en la edad adulta en forma de enfermedades mentales.

Hace cincuenta años, María Victoria Eguílaz fundó en Córdoba el «Kinder La Arruzafa», un colegio dedicado a la educación de los niños chicos, que es el amoroso título que se da en Andalucía a la primera infancia. En esa aventura fascinante estuvo acompañada por otras mujeres, también decididas y sentimentales, como la fundadora. No podemos nombrarlas a todas aquí, porque el periodismo consiste en una explicación llamativa y ahorrativa de la realidad. Pero a ellas les da lo mismo, figuran inscritas desde hace mucho tiempo en el corazón de sus alumnos. Ninguna ha sido olvidada. Por algo será.

Un niño es el resultado de muchas influencias, que lo irán haciendo como llegue a ser. Su familia, por encima de todo, y luego, el colegio. Cada uno, con el grado de intervención que le haya correspondido, tiene una parte de responsabilidad en el futuro del

niño, que es el futuro de la humanidad. En la infancia de cada uno de nosotros está el itinerario de toda nuestra vida. Si la calidad moral de los maestros de niños es baja o vulgar, la perspectiva vital de los pequeños alumnos será baja o vulgar.

Los niños sólo son sensibles al amor, aprenden de quienes les aman y a quienes acaban amando. Amar a un niño es enseñarle a amar, prepararle para amar. Esa es la primera lección del programa y la más importante de toda la carrera.

Las profesoras del Kinder que yo he conocido por la experiencia educativa de mis hijos, tenían el don de compenetrarse con el carácter de los niños, les hablaban en su lenguaje, sentían con sus sentimientos, se mantenían inquebrantablemente niñas en su corazón. Durante toda su vida han caminado hacia la infancia. El niño y el adulto únicamente pueden encontrarse en el terreno del niño, que es el que conocen los dos; el niño lo conoce mejor que el adulto, pero lo explica peor. No es por capricho que el Fundador de la vida eterna exija añiñarse para entrar y haya hecho la puerta tan pequeña, ajustada a la inocencia.

Las profesoras del Kinder que yo he conocido eran constitutivamente educadoras de niños, nacieron para educar amorosamente a los niños chicos, lo mismo que otros nacen con genes de subsecretario. Su profesión y su personalidad se influían recíprocamente, era su modo de ser mujer. Los conocimientos pedagógicos se pueden adquirir, pero el tipo humano hay que traerlo puesto de casa. Eso lo sabía muy bien la fundadora del Kinder.

Nosotros somos, en buena medida, lo que fue nuestra infancia. Si se aprende ser niño, luego se puede aprender a ser adulto, una edad se integra en la otra. Por eso es tan importante una buena niñez, porque lo que quede de ella, eso vamos a ser nosotros. En un curso de verano en El Escorial oí decir a Ana María Matute que «un hombre es lo que queda de un niño». Las mejores personas son las que llevan durante toda su vida un niño sonriente en las pupilas. Como las profesoras del «Kinder La Arruzafa», de Córdoba.